



## ROMANCE CUARTO

Grande rumor se levanta  
De gritos, armas y voces  
En el palacio de Burgos,  
Donde están los ricos-homes.

*Romancero del Cid.*

El que empeñado en áspero camino,  
De entre peñascos sale y de entre breñas,  
Y á entrar va en precipicios espantosos,  
Raudos torrentes y confusas selvas;

Si un prado, aunque pequeño, y una fuente,  
Mansa, aunque cenagosa, al paso encuentra,  
Allí se pára á respirar un rato,  
Y á restaurar las fatigadas fuerzas.

Así Zaide, al hallar en su memoria  
Que desastres y horrores le recuerda,  
Un momento de paz, con breve pausa  
En él un rato á descansar se asienta.

Corto el reposo fué, y hondo silencio  
Reinó entre tanto; pues Mudarra, llena  
De confusion y asombro el alma toda,  
De aquella narracion el fin anhela.

Zaide fijó los ojos inflamados  
En la argentada luna y las estrellas,  
Lanzó un suspiro, y prosiguió la historia  
Con sosegada voz de esta manera:

«En paz quedó Castilla: los Infantes  
Con Nuño fueron á la corte régia  
Del monarca leonés; y doña Lambra  
A un su palacio orillas del Esgüeva.

»Pasó una luna en gran quietud: Velazquez  
Y Gustios de amistad se daban pruebas,  
Y yo, cumplido el plazo á mi embajada,  
Dispuse mi regreso á estas riberas.

»Ya me faltaban sólo cuatro días  
Para dejar de Burgos las almenas,  
Cuando á la hora en que en mitad del cielo  
Su ardiente y viva lumbre el sol ostenta,

»Estando yo tranquilo en el palacio,  
Que por embajador mi albergue fuera;  
Rumor lejano de alterada plebe  
De repente escuché, no sin sorpresa.

»Salí al balcon; el espantoso estruendo  
De armas y voces distinguí más cerca;  
A poco ví de airada muchedumbre  
Inundarse las calles y plazuelas,

»De léjos un cadáver, que arrastrando  
Llevaba el pueblo: disparadas piedras  
Vinieron á perderse en mis paredes,  
Las voces escuché de *mueran, mueran.*

»Y ví venir huyendo del tumulto,  
Por la ancha calle enfrente de mis puertas,  
A dos de mis esclavos anhelantes,  
Que consiguen salvarlas y las cierran.

»Absorto estaba: entréme, y á los míos  
Convoco al punto, sin saber cuál fuera  
La causa del furor de los cristianos;  
Cuando á mis plantas los esclavos llegan,

»Los mismos dos que de salvarse acaban;  
Y sin color y con heladas lenguas,  
Que á asesinarlos corre el pueblo todo,  
Dicen, y nuestro asombro se acrecienta.

»Incrédulo, indeciso, nuevamente  
Me puse en el balcon, cuando á gran priesa  
Llegó á caballo, trémulo, abatido,  
De Lara un paje, y *Mi señor os ruega*

»*Que al punto huyais. Tomad vuestros caballos  
Y asilo pronto en la vecina huerta,  
De donde valerosos caballeros  
En salvo os sacarán á viva fuerza.*

»Dijo, y desapareció. Yo quedé mudo  
Sin acertar á resolver: la fiera  
Muchedumbre al momento del palacio  
Ocupó la gran plaza, y tuve apénas

»Tiempo de retirarme de su vista.  
Todos los míos con pavor me ruegan  
Que me salve, y los salve sin tardanza,  
Y á los esclavos ensillar ordenan.

»Infamia fuga tal me parecia;  
Resistir imposible... A la escalera  
Me dejo arrebatar, cuando echo ménos  
Dos de mi comitiva: el uno era

»Un mi escudero, Aben-Harin el otro,  
El cordobés, antorcha de las ciencias.  
Pregunto por los dos, y no hallo nadie  
Que acierte á darme de su suerte nuevas.

»El ágil escudero acostumbraba  
Adiestrar al bocado y á la espuela  
Los caballos del Conde, y casi siempre  
El sabio acompañaba á la Condesa.

»Sin ellos resolví no retirarme,  
Y ansioso de atisbar si acaso llegan,  
A una gran claraboya, que á la plaza  
Daba, me aproximé no sin cautela.

»¡Oh poderoso Alá! Ví en una pica,  
Sirviendo á los cristianos de bandera  
(¡De horror al recordarlo me estremezco!)  
Del docto amigo la infeliz cabeza,

»Y su cuerpo en mil partes destrozado  
Entre la turba, que con una cuerda  
Le arrastraba; y al lado, medio vivo,  
Al escudero sin ventura en tierra.



»Bramando de furor la vista extendiendo,  
Y al Arzobispo vi... ¡quién lo creyera!  
A aquel que tan prudente se mostrara  
De Velazquez y Lara en la contienda,

»Acalorar el bárbaro gentío,  
La insignia de su rito y su creencia,  
Cual de exterminio y furia enarbolando,  
Y lanzando espantosos anatemas.

»Si alguien templar mi saña en aquel punto  
Y á los cristianos mi rencor pudiera,  
Hubiese Lara el generoso sido,  
Que con la espada en alto, dando pruebas

»De noble esfuerzo y de honradez gritaba:  
*¡Castellanos!... ¿qué haceis?... De infamia eterna  
Hoy cubris vuestro nombre... Los cobardes  
Así á los desarmados atropellan.*

»Mas su voz se perdía entre el tumulto,  
Cual la razon se pierde en la tormenta  
De las pasiones, y era un hombre solo  
Dique impotente á inundacion tan recia.

»Al ver yo al uno, al otro, á los dos míos  
En trance tan fatal, sentí mis venas  
Encenderse, cegué, grité venganza,  
Y el alfanje empuñé con firme diestra.

»Del puesto aquel me arrancan mis amigos,  
Y los caballos á encontrar me llevan,  
A montar obligándome en el punto  
Que el populacho derribó las puertas.

»El jardín á galope atravesamos,  
Y salvando el postigo de la verja,  
Al arrabal salimos, consiguiendo  
Ganar al fin las indicadas huertas.

»Ya el palacio del vulgo era despojo,  
Cuando unos doce caballeros llegan,  
Por el valiente Gustios destinados  
Para sernos de amparo y de defensa.

»Con gran facilidad pasar pudimos  
Las murallas y fosos, pues si alerta  
Los que las custodiaban, al mirarnos,  
De prohibirnos el paso dieron señas;

»Eran muy pocos y al notar la insignia  
De la casa de Lara en las cimbras,  
El puente echaron, el rastrillo abrieron,  
Y al campo nos lanzamos de carrera.

»Por él en gran silencio á toda brida  
A buscar fuimos la inmediata selva,  
En donde aliento á los corceles dando,  
Hablé al caudillo de la escolta nuestra;

»Y de él supe la causa del tumulto,  
Del pérfido Velazquez trama nueva,  
Para perder á mi valiente amigo,  
Y cima dar á su venganza horrenda.

»Desde que yo en la corte de Castilla  
Me presenté, de Aben-Harin la ciencia  
De alto don celestial consiguió fama,  
Por su acierto en curar graves dolencias.

»La condesa doña Ava, que abatida  
Con las desgracias y viudez, enferma  
Cayó por aquel tiempo, á su cuidado  
Y direccion tambien se sometiera;

»Y recobrando prodigiosamente  
En breve espacio la salud, excelsa  
La gloria fué del musulman, logrando  
Caricias, honra, aplausos y riqueza.

»Lo que era asombro en la ignorante plebe,  
Fué gratitud y aprecio en la Condesa,  
Si pronto envidia de la infame corte,  
Y del vil fanatismo furia ciega.

»Doña Ava al cordobés agradecida,  
Como tan alta y generosa dueña,  
Lo honró con su amistad, y le escuchaba  
Explicar su saber, grata y atenta;

»Y ansiando entusiasmada los secretos  
De la alquimia, en que el moro insigne era,  
Penetrar, le dispuso en su palacio  
Cámara, donde hacer sus experiencias.

»Tan alta proteccion y las consultas,  
Siempre inocentes, sí, pero secretas,  
Que con él celebraba, dieron campo,  
Sin yo saberlo, á hablillas y á sospechas;

»Dándosele tambien á Rui-Velazquez  
Para perder á la infeliz Condesa  
Y al noble Gustios, y el favor del Conde  
Conquistar, y el partido del Ulema.

»En aquel día por industria suya  
(Tan grande es en maldad), cuando á la mesa  
Con su madre y con Lara el jóven Sancho  
Apénas se asentó, la voz funesta

»Se oyó y cundió por el palacio todo,  
Llenándolo de asombro y de sorpresa,  
De que del Conde estaba envenenada  
La régia copa. A tan horrible nueva

»Todo fué espanto y confusion: doña Ava  
Desmayada quedó, sus damas yertas,  
Confundidos los pajes; y al momento  
Sin buscar al rumor mayores pruebas,

»Se dió, ¡qué horror! por cierto, que la madre  
Envenenar al hijo dispusiera,  
De Aben-Harin apasionada, ansiando  
Ceñirle de Castilla la diadema;

»Y que el veneno elaborado estaba  
Por el supuesto amante. Tal idea  
Crece en el pueblo, que el palacio allana,  
Y entre alambiques, bálsamos y esencias

»Al descuidado Aben-Harin sorprende,  
Y á la garganta echándole una cuerda,  
Le arrastra sin piedad. Cunde el tumulto,  
En otra parte al escudero encuentran,

»Con cien puñales el inerme pecho,  
Bañándose en su sangre, le atraviesan;  
Y en ambos con furor la insana turba  
Su saña horrible y ciego encono ceba.

»Velazquez se aparece, y acalora  
El horrible tumulto, y acrecienta  
La atroz calumnia, contra mí la empuja,  
Y mi palacio acometer ordena.

»¡Ah! bien sabia que el honrado Lara  
Abrazaría al punto la defensa  
De la justicia y la verdad, y sólo  
Comprometerle así su empeño era.

»Logrólo, pues entrando en el alcázar,  
La confusion y la calumnia aumenta,  
Y aquel supuesto crimen vengar jura,  
E incita astuto al indeciso Ulema.

»Este, ó bien ya de acuerdo, ó engañado,  
Y al ciego fanatismo dando rienda,  
A predicar se arroja el exterminio  
De hombres que de su fe contrarios eran;

»Y con Velazquez y con él al frente,  
Sin que Lara calmarla consiguiera,  
Corrió á saciar en mí y en mis secuaces  
Su bárbaro furor la plebe ciega.

—»Al saber yo de boca del guerrero  
Trama tan infernal, en furia nueva  
Sentí mi pecho arder, y hubiera dado  
Por verme allí mil lanzas cordobesas,

»El resto de mi vida. Enfurecido,  
A la inicua ciudad volví las riendas;  
Pero ¿qué aprovechara?... Nuestra fuga  
Por agrios montes y escondidas sendas

»Proseguimos, llevando á los guerreros  
De Lara siempre para escolta nuestra,  
Hasta que el Guadarrama atravesando,  
Nos dejaron en salvo en la frontera.

»A Córdoba llegamos, do la fama  
Ya divulgara la aventura nuestra,  
Y la ciudad ardió, y ardió el imperio  
En justa indignacion, al ver deshechas

»De modo tan atroz solemnes paces,  
De embajador la inmunidad suprema  
Profanada, y vertida alevemente  
Por cristianos la sangre sarracena.

»Gritó el pueblo musulmico venganza,  
A Castilla maldijo, pidió guerra,  
Y decretóla Hixcen... Mas no regía  
En momentos tan críticos las riendas

»Del gobierno Almanzor. Se hallaba entónces  
Del rico Oriente en las lejanas tierras;  
Y Giafar (como ayer) el sumo mando  
Desempeñaba el tiempo de su ausencia.



»Giafar, que recobrado el poderío  
Por sus antiguos triunfos y proezas,  
Y por su astucia aún más, ya de la corte  
Wacir y Alcaide del alcázar era,

»Si bien nunca aprobar las paces pudo,  
Ni olvidar el mal fin de sus empresas;  
De reparar el descalbro antiguo  
Vió con gozo ocasion tan lisonjera,

»Y para castigar al castellano  
Armas y tropas sin tardanza apresta;  
Al bárbaro Juzef el mando encarga,  
Y el exterminio de Castilla ordena.

»Allá en Burgos en tanto con mi fuga  
Aquietada la turba y satisfecha,  
Tornó Velazquez del airado Conde  
El furor contra Lara y la Condesa.

»Don Sancho... ¡incauto jóven!... á Velazquez  
Creyéndose deudor de su existencia,  
El gobierno entregó del Estado,  
Y fué su voluntad la ley primera.

»Mayor de edad al punto se declara:  
A la madre infeliz prende y encierra  
En estrecha prision, donde la muerte  
Pronto el consuelo fué de su inocencia;

»Y aunque al de Lara atropellar no osa,  
Porque es grande en poder como en nobleza;  
Lo desaira, á Salas lo retira,  
Y á merced de Velazquez todo queda.

»Mas, ¡ay! que la ambicion y la venganza  
Son pasiones que nunca satisfechas  
Logran mirarse, y cual del mar las olas,  
Van creciendo hasta el punto en que se estrellan.

»Pronto llegaron á la infame Burgos  
Los clamores, los llantos y las quejas  
De los míseros pueblos fronterizos,  
De nuestra furia víctimas primeras;

»Y advirtiendo Castilla que era en vano  
Contrarestar las musulmanas fuerzas,  
Cayó en abatimiento, y en la corte  
Todo fué confusion, miedo y vileza.

»Ricos-hombres, Abades y Prelados  
Llevando al Arzobispo á su cabeza,  
Demandaron al Conde que al momento  
Satisfaccion á nuestro imperio diera,

»Tal que bastase á contener el curso,  
Del torrente de lanzas y banderas,  
Que iba á inundar á la infeliz Castilla,  
Y á arrastrarla á su fin. Esta propuesta

»Fué muy grata á Velazquez, que anhelaba  
Gozar en paz la autoridad suprema,  
Y que le presentó nuevo camino  
De asegurarse para siempre en ella.

»Del ofendido Lara harto temible  
El nombre y el poder aún considera,  
Y el mismo infierno le inspiró la trama  
Más espantosa, abominable y negra.

»Pensó, y dijo entre sí, de fiero gozo  
Palpitándole el pecho: *Giafar tregua  
Me acordará sin duda, si le entrego  
Al que humilló en el campo su soberbia.*

»*Marche pues Lara á Córdoba, y á un tiempo  
Negociador y víctima allá sea.*  
Lumbre infernal resplandeció en su frente,  
Bañó su torva faz sonrisa horrenda,

»Y propuso á don Sancho, que al momento  
A nuestra corte el noble Lara venga  
A negociar la paz. Pasmóse el Conde  
A tal proposicion, pues le profesa

»A Lara odio de muerte, no dudando  
Que del supuesto crimen fué cabeza;  
Pero astuto Velazquez le convence,  
Y aún con nuevos temores le amedrenta.

»Al Arzobispo encargan al instante  
De hablar con Gustios, y áun de hacerle fuerza  
Para que la embajada desempeñe,  
Sin tener ya de sus agravios cuenta.

»Lara, que por su patria siempre estaba  
Pronto á sacrificarlo todo, deja  
Al punto á Salas, y á la corte torna,  
Donde todos le halagan y festejan.

»Casi se reconcilia con Velazquez;  
Sólo le ocupa la gloriosa idea  
De salvar á Castilla, y dar reparo  
Al crimen cometido con mi ofensa;

»Y con ricos presentes se encamina  
A estas murallas. ¡Desdichado! A ellas  
Antes llegó Eliazim, astuto hebreo,  
Que confidente de Velazquez era.

»Y con Giafar oculto y sigiloso  
Tuvo larga entrevista, y dió la vuelta

A Burgos al momento... Muchos años  
Despues lo supe yo... ¡Si lo supiera

»En aquel punto! ¡Oh, cuántos infortunios!  
Mas ¿quién detiene el curso á las estrellas?  
¿Qué mísero mortal mudar consigue  
Lo que está escrito en imborrables letras?

»Llega de embajador el noble Lara  
A esta insigne ciudad, y se presenta  
Al irritado Hixcen, que al recibirle  
Admiró su gallarda gentileza.



»Giafar... (sí, de Giafar y de Velazquez  
Las almas se entendian; tal vez era  
Uno mismo el demonio que guiaba  
A ambos á un tiempo por distinta senda)

»Giafar le vió con el placer amargo  
Del que á gozar venganza va completa  
De aquel á quien envidia, y que á despecho  
Le admira casi más que le detesta.

»Le tiene en su poder... Mas ¿por ventura  
Querrá á Velazquez contentar, la guerra  
Suspendiendo?... Jamás, jamás. *Castilla  
Deberia de nuevo su existencia*

»*De Lara el sacrificio generoso,  
Si otra vez á su esfuerzo la debiera.  
Cual mártir le adoraba el pueblo hispano,  
Toda la cristiandad... No en su cabeza,*